

# Una Ofensiva y la Cultura

por Sebastián Salazar Bondy

Con la presencia a mediados del próximo mes de la Orquesta Filarmónica de Nueva York se inicia lo que se ha dado en llamar "ofensiva cultural" de los Estados Unidos a nuestro país y al resto del sur continental. Seguirán al notable conjunto que conduce Bernstein, el Ballet de San Francisco, el Teatro de la Universidad de Washington y la agrupación de "jazz" de Woody Herman, programa que será completado según se ha hecho saber, con transmisiones radiales recíprocas y otros intercambios artísticos entre nuestro país y los Estados Unidos. Hace algún tiempo, por medio del Ballet Theatre de Nueva York y la compañía de actores y cantantes negros que llevó a través del mundo entero la ópera "Porgy and Bess" de Gershwin, el vecino norteamericano nos puso en contacto con algo de lo que constituye su cultura y nos permitió así apreciar esa faz de su personalidad nacional que generalmente permanece oculta tras la poderosa apariencia industrial, comercial, económica, que lo distingue. Es sin duda un buen giro éste de ofrecerse a los públicos de la América mestiza en las melodías de la gran música o en la armonía de la danza, en la palabra de los dramaturgos y en el talento de los intérpretes escénicos, pues se tiende de tal modo a restablecer en el criterio de la gente común el justo concepto de una nación que debe a su poderío material cierto desprestigio espiritual.

Para el hombre corriente de la América Latina —y aun, aunque cada vez menos, para el de Europa— los Estados Unidos son una inmensa, una inconmensurable factoría, en donde prima, por sobre toda otra divinidad, el todopoderoso dólar. Inclusive, circula una cándida doctrina que invita a promover entre nosotros ese culto —como si allá fuera cierto, fuera efectivo—, postulando para nuestra existencia colectiva el abandono de cualquier otro incentivo gratuito, desinteresado. Se nos dice sin ambages que conviene, para liberarnos de las viejas rémoras, imitar el celo norteamericano por la prosperidad económica, su vocación mercantil, sus propósitos meramente financieros, su sed de riqueza concreta y tangible. Y ello es ignorancia: cualquiera que tenga una mediana información al respecto de los Estados Unidos sabe que la cultura es allí paralela, por lo menos en sus expresiones creadoras, no multitudinarias, al desarrollo de su enorme industria y su activo comercio. La ciencia —en el aspecto especulativo—, el arte, la literatura, viven de sí mismas, y nadie que se entregue al trabajo espiritual conoce la miseria. No serían sufi-

cientes, de otra parte, las tres columnas de esta nota para abarcar la simple relación de los nombres de quienes en la actualidad influyen desde los Estados Unidos, con su pensamiento, sus escritos y sus ideas, el mundo



moderno. Los propios europeos reconocen que en algunos terrenos de la cultura —la arquitectura, la novela, la poesía, la ciencia, por ejemplo— los yanquis han impreso determinados signos estilísticos a la creación universal.

La "ofensiva cultural" que comentamos no es sino una mínima parte de lo que los Estados Unidos pueden enviarnos tanto para el goce de los aficionados

cuanto como refuerzo a los escasos esfuerzos nacionales en pro del desenvolvimiento de la vida cultural local. Todavía —seamos sinceros— ello constituye una migaja. Agradecemos la iniciación de una nueva etapa entre nuestras relaciones, pero solicitemos, al mismo tiempo, un mayor desprendimiento en dicho sentido. La Orquesta Filarmónica de Nueva York —una de las más importantes del mundo, dicho sea de paso— se presentará en el Teatro Municipal durante dos fechas consecutivas, mas los precios de las localidades y la insuficiente capacidad de la sala impedirán a muchos sectores de la población apreciar la calidad de esos conciertos. Lo mismo pasará con los otros espectáculos que se anuncian. Nuestras naciones no sólo adolecen de un subdesarrollo económico —para el cual existen entidades dedicadas a su estudio y superación—, sino también de un estado de postración cultural, proveniente del estancamiento material, que merece la contribución de las potencias que son nuestras amigas. Todo lo cual —dicho sea esto para conjurar el temor de aquellos que temen la pérdida de la soberanía propia— no afectará de ninguna manera la singularidad de nuestra esencia, capaz de asimilar lo ajeno sin merma de su particular riqueza, tan viva como tenaz.